

Pedro Blanco Naveros

El Universo, su conciencia cuántica y tu cerebro

Una Conciencia que salió del Big Bang,
entre microtúbulos y neuronas.



Ediciones Corona Borealis

El Universo, su conciencia cuántica y tu cerebro - PEDRO BLANCO NAVEROS

© PEDRO BLANCO NAVEROS
© 2020, Ediciones Corona Borealis
Avda. Gregorio Prieto, 19 A
29010 Málaga
Tlf. 0034-951336282
www.coronaborealis.es

Maquetación editorial: Georgija Delena
Diseño de cubierta: Sara García

ISBN: xx
Depósito Legal: MA xx

Primera edición: marzo 2020

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, químico de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Printed in Spain - Impreso en España

Índice

Introducción.....	7
Dialogando con mi Cerebro	13
La Información es el verdadero sentido de la evolución	25
La Conciencia.....	29
Correlatos neuronales de la Conciencia. La Teoría de la Información Integrada. La primera novela escrita por un ordenador: “Amor verdadero”	35
La Conciencia en el reino animal.....	45
La inteligencia cerebral.....	59
Ramón y Cajal. Las neuronas. Las espinas dendríticas. “La música de las mariposas del alma”	67
Configuración neuronal del ser humano. Los períodos críticos del desarrollo de la infancia temprana.....	81
El gran poder de la imaginación: Una historia de savants	107
Ejercicio para aumentar nuestra capacidad de memorizar	119
Utilizando la imaginación para conseguir objetivos y superar trastornos de conducta	129

El Sungazing, la inedia y la energía solar	137
La Noética. Mindfulness Bell.	145
La Fototerapia. La conductividad térmica. El Firewalking. La Cromoterapia.....	153
La Computadora cuántica. La Conciencia cuántica. Los microtúbulos.....	175
Roger Penrose & Stuart Hameroff. La“Reducción Objetiva Orquestada”.....	183
El Quantum Touch	199
La Conciencia cuántica que salió del big bang.....	207
Referencias bibliográficas	213

Introducción

Cuando terminé de escribir “El Centinela que nunca duerme: el Cerebro”, publicado en Almuzara Editorial, en 2011, fui consciente que algún día debería escribir la segunda parte, dedicada a la Conciencia y es precisamente, “El Universo, su conciencia cuántica y tu cerebro”, el ensayo que aborda tan fascinante tema, después de muchas investigaciones y de contrastar las principales teorías vigentes en estos momentos.

Como escritor y como ensayista, he aprendido que el propio desarrollo de la creación literaria, es el que se encarga de dirigir el contenido final de la obra resultante, lo que a veces no deja de ser sorprendente.

En un principio, inicié el ensayo enfocado estrictamente en la conciencia, estudiando las diferentes teorías actuales, sobre todo las que tratan de encontrar el correlato neuronal de aquella, y pronto comprendí que si quería ofrecer una visión amplia del problema, tendría que viajar y adentrarme en los entresijos de la física cuántica. Qué duda cabe que todo lo que somos y todo lo que conocemos, incluida la conciencia, tienen un mismo origen, el extraño y fascinante mundo de las partículas y las

antipartículas virtuales, que danzan en una especie de espuma cuántica.

La materia y la antimateria tienen unas propiedades intrínsecas, que en nuestra vida inteligente constituyen verdades fundamentales de la propia naturaleza y una de las teorías más coherentes y consistentes de la conciencia, “la teoría de la información integrada”, resucita el pansiquismo filosófico y considera asimismo a la conciencia como un principio también fundamental, que está presente en toda la naturaleza y por tanto en todas partes, incluso en el propio cosmos: la conciencia cósmica. Sólo podemos conectar con ella a través de nuestras estructuras corticales, en las que cobran especial importancia los microtúbulos, unas estructuras tubulares que forman parte del citoesqueleto de las células y en cuyo entramado en forma de malla podría encontrarse el sustrato cuántico de nuestro cerebro, lo que haría posible que emergiera a través del mismo, la conexión con la conciencia universal.

Es posible encontrar dentro del sistema nervioso, los correlatos neuronales de las diferentes percepciones de los seres vivos, los correlatos neuronales de la percepción visual, de la percepción táctil, de la percepción acústica, de la percepción olfativa, etcétera, pero la conciencia es una propiedad intrínseca de la creación, al igual que tantas leyes fundamentales de la ciencia por las que se rige nuestra vida diaria.

Tal vez, quién descubra esto por primera vez, piense que lo que se dice va contra el sentido común o contra toda lógica, pero será porque desconoce los secretos, todavía no totalmente desvelados del mundo microscópico de donde procedemos.

Dada la gran complejidad que entraña la física cuántica, he redactado dos libros independientes pero que se complementan

entre sí, éste referente a la Conciencia Cuántica y otro que abarca los principales paradigmas de la física cuántica y el origen desde la nada a los infinitos multiversos.

Al mismo tiempo, para hacer más amena y más comprensiva la lectura, he ido estableciendo supuestos diálogos entre mi cerebro y mi conciencia, en una especie de guiño literario y científico, en el que el soporte material, (el cerebro), sirve al mismo tiempo de vehículo de expresión (a la conciencia), representada por mi comprensión del conocimiento. La materia con su estructura, permite que aflore mi conciencia trascendente.

No puede faltar una amplia referencia a lo que denomino inteligencia cerebral y la enorme importancia, dentro de la configuración neuronal del ser humano, de los períodos críticos del desarrollo temprano.

También, tiene su cabida el estudio de la conciencia de los animales no humanos y una serie de técnicas de aprendizaje para aumentar nuestra capacidad de memorizar y nuestra capacidad de imaginar con el fin de conseguir alcanzar metas propuestas y superar trastornos de conducta, no olvidando así darle al libro una orientación de autoayuda muy interesante, citando otras técnicas como el tratak, la helioterapia, la fototerapia, la cromoterapia, etcétera, sin olvidar advertir del peligro que suponen ciertas creencias como el sungazing y sobre todo la inedia, que llevadas a extremos límites, pueden ocasionar serios problemas de salud e incluso la propia muerte por inanición, como es el caso de la alimentación solar sin ingerir ningún alimento sólido, ni líquido alguno.

Obligado citar a otro genio de la ciencia, a Santiago Ramón y Cajal, paradójicamente, en plena vigencia, pero no por su teoría neuronal, sino por su descubrimiento de las minúsculas

espinas dendríticas, entre 10.000 y 20.000 en cada una de las dendritas, preferentemente de las neuronas piramidales, que intuyó debían actuar como los verdaderos receptores de la transmisión nerviosa, al ser, en el lugar que ocupa cada espina, donde se realizan las conexiones axodendríticas. Estas espinas son los “almacenes” de las unidades de memoria de la historia de cada ser vivo, por lo que su investigación es crucial para poder solucionar los problemas de determinadas enfermedades neuro-degenerativas, tales como la enfermedad de alzhéimer, en el que estas espinas desaparecen drásticamente según va evolucionando la dolencia.

Y es fundamental el estudio del pensamiento científico de uno de los más brillantes físicos contemporáneos, de origen inglés, Roger Penrose, por su teoría de la mente, (el objetivo principal al escribir este libro), que tal vez sea lo que más famoso le ha hecho y asimismo más polemizado, por afirmar que la mente es una manifestación de la naturaleza no explicable por las leyes físicas, basándose en el teorema de la incompletitud de Gödel, de que hay verdades incuestionadas para el entendimiento humano, imposibles de demostrar matemáticamente. Junto al profesor estadounidense Stuart Hameroff, médico anestesista, ambos postularon que tanto la conciencia como el cerebro son entidades separables.

Y dado a que uno de los propósitos de este ensayo es que sirva de autoayuda en cierto aspecto, para todos aquellos que puedan estar interesados en ello, se describe una técnica que se apoya asimismo en principios cuánticos de transmisión de energía, en el que los campos que interactúan son seres humanos, en el que uno o varios de ellos, transfieren energías positivas captadas del medio, hacia personas con cargas negativas, y conseguir así restablecerles su equilibrio energético y su simetría local, rota

por trastornos diversos de conducta. Es lo que se denomina el “Quantum Touch”.

La Conciencia cuántica que salió del Big Bang, es el resultado final de esta obra, que pretende ayudar a descifrar los grandes interrogantes que persisten en el siglo XXI acerca de nuestros orígenes y el sentido que pueda tener que haya surgido una vida inteligente en medio del inmenso cosmos.

Dialogando con mi Cerebro

Quiero primero aclarar, que este ensayo sigue un orden cronológico en su concepción, básicamente, mi evolución como ser humano desde etapas muy tempranas de la vida consciente, con las consecuencias y reflexiones que ello supuso y el eje principal de su contenido no es sólo la conciencia, sino todo aquello que ha dado lugar a que este milagro se produzca y seamos seres inteligentes, con lo que ocupa un lugar predominante, la biología, la cosmología, la astrofísica, las matemáticas, la física clásica, la física cuántica y por supuesto la psicología, amén de otras disciplinas, de una de las cuales no quiero olvidarme, la filosofía, que como su nombre griego “Φιλοσοφία” (amor por la sabiduría), ha influido profundamente siempre en el pensamiento de los seres humanos, por su estudio, haciendo énfasis en los argumentos racionales, de cuestiones fundamentales para la mujer y el hombre, como pueden ser, la verdad, la existencia, la moral, la mente, la belleza, etcétera; sin desdeñar la importancia de los datos empíricos; no podemos olvidar que muchos de los filósofos más prestigiosos fueron a su vez grandes científicos.

La sabiduría es la aplicación de la inteligencia en la experiencia propia, lo que nos capacita para reflexionar, obteniendo conclusiones sobre los hechos sometidos a estudio. Como dijo Aristóteles en su obra la *Metafísica*, “todos los hombres desean, por naturaleza saber”, para llegar al conocimiento verdadero de las cosas.

Qué cerca se encuentra la definición de la sabiduría filosófica de lo que entendemos hoy día por conciencia, la subjetividad individual de un organismo, la conciencia reflexiva, conocer lo que se conoce; pero la gran diferencia no está en el objeto del conocimiento, muy similar entre sí, sino en el procedimiento posterior para validar dicho conocimiento, que necesariamente debe apoyarse en los resultados empíricos obtenidos y avalados para cualquier observador que quiera repetir el experimento, con las mismas premisas previamente establecidas y aquí es donde diverge significativamente el campo de la filosofía del conjunto de las disciplinas científicas.

Si verdaderamente queremos reflexionar sobre la conciencia, ¿qué es?, ¿dónde se asienta?, ¿cómo emerge?, etcétera, no nos queda otro remedio que adentrarnos en los orígenes del tiempo, no para saber cómo surgieron los seres vivos, sino para saber cuándo nació el tiempo mismo, y el espacio, y lo que conocemos como nuestro Universo. Ello es una aventura alucinante que ha tenido y sigue teniendo a la especie humana, tratando de desentrañar todos los misterios que le rodean y han hecho posible la vida que conocemos. Aún no sabemos el resultado final del por qué estamos aquí, aunque la ciencia siempre ha ido resolviendo los grandes enigmas de una manera elegante y sencilla, porque aunque parezca que la naturaleza es muy compleja, a la hora de la verdad aparece como su propio nombre indica, de “carácter natural” y por tanto contrapuesto a lo milagroso o sobrenatural, y abarca desde el mundo subatómico al galáctico y también, tal vez, ¿por qué no?, al mundo multiversal.

Desde niño he sido muy pensativo y metodológico y no me he aburrido nunca, he encontrado siempre algo en lo que distraerme o divagar e incluso he llegado a jugar con trozos de papeles de periódico, a los que asignaba diferentes personalidades del mundo del deporte o del cine.

Me atrajo pronto la psicología aún desconociendo su significado y una de las metas que tenía que cumplir, era estudiar dicha disciplina, como así hice años más tarde.

Curiosamente, la propia vida es la mejor escuela a la que se puede asistir no sólo como alumno, sino como parte activa de los procesos y experimentos psicológicos. Así, muchas de las habilidades de las que me he servido posteriormente en mi beneficio o en el de mis pacientes, las he aprendido de esta forma, refrendadas, ampliadas y perfeccionadas con las enseñanzas universitarias, las de postgrado y sobre todo, con la sabiduría que da la realización de la propia profesión.

En el ensayo ya citado: “El centinela que nunca duerme: el Cerebro”, de Almuzara Editorial, traté de plasmar mis experiencias como psicólogo clínico, a la vez que desarrollé una novedosa teoría psicológica, que titulé “la psicología cerebral”, que en muy resumidas palabras es la psicología del cerebro, la psicología de las neuronas, las células especializadas del sistema nervioso.

Ya en ese libro, se llegaron a conclusiones como éstas:

“Es el cerebro, el órgano donde se asienta todo lo que somos o dejamos de ser.

Nuestra personalidad está dispersa en ese tejido nervioso y el placer no está en la zona corporal acariciada, sino en uniones de células situadas en el neocórtex. “

Lo que realmente somos, es un cerebro lleno de más o menos neuronas, conectadas con los diferentes órganos necesarios para realizar las funciones que conocemos como actividades humanas.

Pues bien, esta teoría la empecé a esbozar en aquellos años jóvenes de curiosidad y observación relajada, ávido de todo tipo de aprendizaje y experiencia.

Sin saberlo y sin proponérmelo, comencé a descubrir y comprender el funcionamiento de ese órgano tan maravilloso y complejo que denominamos cerebro.

“El cerebro es un gran desconocido para el hombre”, “sólo empleamos una ínfima cantidad de nuestro cerebro”, “posiblemente dentro del cerebro se encuentre el alma en su sustrato terrenal y es por ello el gran desconocimiento del mismo”. Tengo que reconocer que todas estas aseveraciones no me convencieron en absoluto y que en secreto iba tramando mi propio esquema que luego fui desarrollando al paso de los años.

Lo contemplaba todo y trataba de escuchar conversaciones de adultos referentes al tema de la vida, del cuerpo humano, del cerebro. Más tarde en mi propio escondrijo, en mi cerebro personal, creaba, planeaba, pensaba, imaginaba, todo un mundo de hipótesis, tesis y antítesis, y así me divertía y era feliz. Mi madre no acababa de conectar conmigo, ni podía imaginarse mi gran mundo interior, muy alejado del de las actividades lúdicas que le correspondían a un niño de mi edad en aquellos años.

Miraba el cielo mi otra gran pasión y sobre todo las estrellas y procuraba que un primo hermano, mayor que yo, que poseía un telescopio, me mostrase los principales planetas, en especial, Saturno, ante quién quedaba extasiado, viendo como flotaba en la lejanía con sus impresionantes anillos. Mi cuerpo entero se estremecía ante aquella enigmática visión, ante tanto misterio. Ello

era, mi cuento de hadas y la base de los relatos fantásticos de mi niñez, soñaba despierto con Saturno e imaginaba que volaba hacia él y mis sueños eran diferentes, según el día o el momento, pero siempre aparecía algo nuevo, distinto al viaje anterior; sin duda, Saturno ejerció una atracción muy especial en mis esbozos de experiencias conscientes. Y Saturno fue mi antesala del Universo, quedé impresionado de por vida ante tan colosal bóveda celestial y siempre he seguido con mucha atención los avances científicos que poco a poco han ido desentrañando sus ancestrales secretos.

También me sentaba en la arena y contemplaba el mar: “con las olas van que vienen y van”. ¡Qué belleza y qué gran tranquilidad! El mar es bello hasta cuando ruga.

Igualmente disfrutaba con las grandes tormentas veraniegas, una lluvia intensa que me empapaba de arriba abajo, con truenos y relámpagos constantes y esos grandes rayos de luz intensa y cegadora, culebrinas de formas caprichosas.

Y qué sentido tenía todo aquello, ¿porqué estaba allí, cómo se había formado?

¿Para qué tantos astros celestes sin sentido y tanto espacio sin contenido? Además la distancia con nosotros los hacían inaccesibles.

¿Y el ser humano? ¿De dónde veníamos y para qué estábamos? Mi curiosidad predicha por Aristóteles de mi deseo de saber, no se cansaba de formular preguntas a mi cerebro pensante. No acababa de comprender nuestras simetrías, dos brazos, dos ojos, dos piernas, dos orejas, dos nalgas, etcétera, pero sólo una cabeza, un hígado, un corazón...

Mi mente infantil no lograba llegar a una comprensión muy acertada, pero iba dando sus primeros pasos: Es lógico tener dos piernas, sin ellas no podríamos caminar, dos brazos para

poder coger bien las cosas, dos nalgas para poder sentarnos bien equilibrados, etcétera. Un sólo corazón es suficiente para bombear la sangre que necesitamos para movernos y así poco a poco iba formando mi teoría más simple de la vida, pero seguía sin encontrar respuesta al sentido de la existencia del hombre ni a la necesidad de tantos astros brillando por la noche; me pareció siempre un derroche exagerado de la naturaleza, tal vez hubiese sido suficiente habernos quedado con nuestro sol, nuestra luna, algunos planetas y unas pocas de estrellas más, pero la Vía Láctea era algo inmenso, además en aquel entonces estaba firmemente convencido que el cielo, como yo lo llamaba, era estático y permanente en el tiempo, hacia el pasado, en el presente y hacia el futuro, siempre había sido así y lo seguiría siendo. Tumbado en la playa o en el campo solía divagar ante aquel escenario inabarcable y nunca lograba atisbar tan siquiera su verdadero significado, era algo muy bello y me entretenía viendo como cambiaban de brillo aquellos lejanos luceros pero me preguntaba a mí mismo: en realidad qué hacían allí y todavía más complicado, quién lo había hecho.

La época que me tocó vivir, era de muchas carencias y pocas actividades complementarias, sin apenas espacios para jugar y reunirse, aún no existían la televisión, ni los videojuegos. Mi primer juguete fue una caña que recogí de uno de los muchos cañaverales que había en mi contorno y la transformé en mi caballo, ¡qué grandes carreras a lomo de nuestras cañas, hice con mis amigos de entonces!

Esa falta de posibilidades de diversión, hizo que me dedicara a congeniar con el mundo de mi propia conciencia, lo que unido a una gran imaginación, dio como resultado que mi mejor amigo fuese mi cerebro. Mi primer gran amigo verdadero, que vivía escondido dentro de mi cabeza.

Dialogaba grandes ratos con él y aprendí mucho, prácticamente todo lo que soy y de conversar con mi cerebro pasé a observar otros cerebros que paseaban por la calle: el cerebro de un niño, el de una mujer agradable, el de un hombre cabizbajo, también observaba los cerebros de los animales más próximos, incluso el de los insectos y a la vez que observaba, adivinaba lo que creía que estaba ocurriendo en esos cerebros.

No me cabía la menor duda, lo más importante de los seres vivos era su cerebro, y gracias a él podíamos comunicarnos, ir o venir, hablar, nada parecía tener sentido sin el cerebro.

Con el aprendizaje de la lectura di un salto de gigante, porque al margen de estar leyendo todo el día “El Quijote”, libro de texto con el que verdaderamente aprendí a leer y a escribir sin faltas de ortografía, disfruté con la genial fantasía de Cervantes, y pude acceder a otros libros y en un golpe de suerte me regaló un familiar, médico de profesión, un libro de biología muy interesante sobre las teorías de Darwin y de la evolución humana. Leí ávido todo su contenido.

Aquello iba encajando, sin plantearnos el origen de la vida, estaba meridianamente claro que el hombre al igual que el resto de los seres vivos había tenido el mismo origen. Una especie de llamemos burbujas flotantes insignificantes, bautizadas como coacervados por Oparin, importante biólogo y bioquímico ruso que aportó grandes avances conceptuales sobre el origen de la vida terrestre, así, al referirse al caldo prebiótico, enunció los coacervados, los verdaderos protobiontes, formados por partículas de sustancias proteínicas, que constituían verdaderos enjambres moleculares y que vivían en una tierra incipiente, llena de volcanes, terremotos, grandes tormentas, con formación en el cielo de gases espesos y de nubes inmensas, las que cubrieron de agua completamente un globo terráqueo semilíquido compuesto de

magma en su mayor parte, cual caldo primigenio, borbotante y humeante.

Ese caldo se fue enfriando, surgió una atmósfera azulada, aparecieron continentes, grandes lluvias formaron ríos caudalosos y los coacervados se fueron transformando en burbujas más grandes y más complejas, siendo el origen de los primeros protozoos, en el transcurso de millones de años. Luego surgieron los metazoos y algunos aprendieron a vivir fuera del agua, otros en el subsuelo o en el aire, pero todos, absolutamente todos, procedían de los coacervados más primitivos.

La lectura me fue descubriendo el origen de la Tierra y cómo habíamos surgido los seres vivos. Era muy emocionante, el mismo origen para todos, desde una gallina, un ratón, una planta, un insecto, hasta el ser humano, emparentados con unas burbujas flotantes en un magma primigenio.

Había un denominador común, nuestros ascendientes necesitaban energía para poder desarrollarse, la que recibían normalmente del sol y combustible para alimentar sus organismos, fagocitando elementos varios de la naturaleza, incluidos sus propios congéneres.

Pero lo que más llamó mi atención, fue que unos peces minúsculos, que vivían en los mares del período cámbrico hace más de quinientos millones de años, ocupaban selectivamente las zonas más superficiales de su hábitat, recibiendo directamente la energía solar sobre su dorso, por lo que desarrollaron en el mismo una especie de primordio, sistema nervioso en forma de banda sensorial, embrión del sistema nervioso humano, para poder captar el movimiento dentro del agua de otros organismos microscópicos, que constituían su principal alimento, y que se movían asimismo en el líquido elemento, sistema muy eficaz,

ya que avisaba al pez de la presencia de futura comida así como de la aparición del sol sobre su horizonte, subiendo hacia la superficie para recibir la energía tan indispensable para su supervivencia. En mi pensamiento, imaginaba los pececillos de color plateado, con una banda azulada en lo que constituía el primordio sensorio, y cómo captaban el movimiento de sus presas, con las imperceptibles ondas que éstas producían al ir moviéndose por el agua, y también como advertían las ondas luminosas que el sol proyectaba, lo que les hacía subir de inmediato a la superficie para recibir el benéfico calor energético sobre sus diminutos cuerpos.

Y fue así como apareció el boceto que la naturaleza diseñó para ir construyendo el primer sistema nervioso con sus primeras células, las primeras pseudoneuronas, siendo su objetivo fundamental el de proporcionar información a su poseedor, para que pudiese obtener energía y alimento, ambas cosas vitales, para poder sobrevivir en su medio de asentamiento.

- Cerebro, sabes que venimos de un cerebro muy pequeño, de unos peces minúsculos anteriores incluso a nuestra prehistoria y que lo más importante es captar información; sin información no habría vida desarrollada, tú, Cerebro, captas la información que necesito para poder vivir, a través de tus neuronas y te pasas la vida estableciendo nuevas conexiones, haciendo funcionar conexiones ya establecidas o tendiendo puentes entre unas neuronas y otras neuronas según mis nuevas experiencias.

- Así es, querido Humano, me encargo continuamente del funcionamiento de las neuronas y de captar toda la información que necesitas para poder vivir, pero además te facilito todo aquello que tiene interés para ti. Te informo de los estímulos que están a tu alrededor y que te facilitan alcanzar tus deseos.